

**EL PARAÍSO DE LAS ISLAS  
(II PARTE) 09-08  
EL PADRE DEL CUCHILLO  
(II, cc. 6-8 y fin)**

Emilio Sola  
[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-Libros – El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 28/05/2012 y 18/07/2023  
Número de páginas: 26  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

**Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.**  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



**Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.**

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola, con la colaboración tecnológica de **Alma Comunicación Creativa**.

[www.cedcs.org](http://www.cedcs.org)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)  
[contacta@archivodelafrontera.com](mailto:contacta@archivodelafrontera.com)

[www.miramistrabajos.com](http://www.miramistrabajos.com)

6

**Aunque al amanuense le aburre ya este relato,  
pasa a contar algo sobre los primeros viajes a los oasis del sur  
de los grupos y las primeras reflexiones de Antón Dolores  
en torno a la trinidad y del padre del cuchillo  
en torno a la paternidad**

Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, y Antón Dolores se habían divertido mucho con el relato al alimón de los chavales. También Francesco Mengano les había informado sobre el asunto. Eran bien conocidas las actividades del Escandalera, siempre en la linde de la ilegalidad, aunque muy bien asesorado por sus técnicos juristas; sus colegas de la mar, como el capitán Mengano, no se extrañaban ya de nada que pudieran oír de las pasadas del pirata y, aunque le paraban los pies si se extralimitaba, le dejaban hacer al mismo tiempo que lo evitaban. Al interés del padre del cuchillo por aquel magno proyecto de unificación dinástica de tres reinos orientales, el capitán Mengano, que lo conocía, le contó, jocosamente, que el tal proyecto se había visto reducido a un simple abastecimiento de esclavos y productos ponentinos para los tres famosos reinos. Al parecer, la fecundación de una de las reinas con óvulos y espermatozoides de los otros dos soberanos no había sido fácil y habían tenido que repetir varias veces la operación. Sin éxito: siempre terminaba desprendiéndosele el feto a la soberana. En Mónaco estaban acostumbrados a noticias últimas sobre el experimento y las revistas del corazón lo usaban como carnaza informativa del morbo más subido. A él, a Francesco Mengano, aquello le parecía algo peregrino y sin futuro; pero lo del transporte de mercancías y esclavos sí funcionaba, y el Escandalera y sus socios mantenían las naves permanentemente ocupadas con aquellos fletes; calculaba, incluso, que pronto el Escandalera dejaría la bandera corsaria para pasar a navegar bajo pabellón de una de las reinas de oriente, aquella que prestaba su ovario con reiteración a sus vecinos en busca de heredero común.

En fin. Francesco Mengano, después de dejar a los viajeros de la banda jivi en la ciudad de los vientos y después de visitar la casa del reloj de sol, recién inaugurada, recordó a Lauari Bujudmi su futura entrevista en Nápoles y siguió con su enésimo periplo mediterráneo en la airosa *Un dragón y una fénix*, una bella sirena de mascarón y, junto a su enseña oficial, la bandera blanca que pronto pasaría a convertirse en bandera de los grupos,

futura bandera de la Gran Confederación.

\*

Este amanuense siente la necesidad de -una vez más— hacer un alto en el texto en el momento en que comienza a aburrirle este. Y es que cree que su vida actual de reposo diríase obligado en una pequeña y delicada ciudad del interior -cercana a la gran ciudad del interior que tanto amara un día y aún ama- le está como anquilosando cuerpo y pluma.

Hace muchas reuniones de amanuenses que éstos lo han discutido y lo tienen claro: una vida apasionante es capaz de crear un texto apasionante; quien quiera inyectar "dramatismo" a sus textos tiene que "dramatizar" su vida; quien quiera cambiar su expresión tiene que cambiar su comportamiento. Estaba claro que un buen burgués de antaño sólo podía escribir una literatura burguesa; insatisfecha, si aquejado de insatisfacción ante la realidad; si su dentro era tortuoso, tortuosa aquella. Estaba claro que las historias del paraíso de las islas sólo podían ser contadas con verismo por sus protagonistas directos; que si alguien exterior al "mogollón" -perdón- montado intentaba ser cronista de aquello, su narración podía resultar -si no incomprensible- falsa. Sólo los antiguos que tuvieron fe en el "theos" pudieron escribir teología; como Antón Dolores, por ejemplo, sin duda el último teólogo. El caso más patético y hermoso que este amanuense conoce es el del autor de la historia de "Arnoldo el maricón", cuando -sin que ello le atrajera demasiado, sino todo lo contrario- busca hacerse encular y encula él mismo a otros en aras de su proyecto de trabajo. Gran investigador. Elementales consideraciones -piensa este amanuense-, pero de alguna manera necesarias. Deslumbrante tal cual sea o es. Vida o transcurso y reflexión.

Debo continuar, aunque me cueste el arranque, con la primera serie de grandes viajes de Antón Dolores y Lauari Bujudmi. Viajes al sur del sur, a los oasis y antiguas ciudades de las caravanas, que fueron "necesarios" -y este amanuense duda una vez más de su capacidad expresiva: ¿qué es necesario y qué puro azar?- para la fijación de toda una "doctrina". Previa a otras "doctrinas", precedera por lo tanto, pero en un futuro inmediato operativa, desmontadora de tonterías y creencias anquilosadas, provocadora de verdaderas explosiones de vida y acción, aglutinadora de grupos en marcha puesto que en el medio de grupos en marcha había surgido poderosa y firme.

Antón Dolores se lo había expresado al padre del cuchillo en pocas palabras:

--El mar es la más densa y sutil imagen de la posibilidad de otra atmósfera, de otro medio total de vida. Por lo menos, a simple vista o en un primer paso de aproximación a la realidad.

\*

Hasta el año quince antes de la gran guerra, y a lo largo de tres años, Antón Dolores y Lauari Bujudmi compartieron el tiempo largo o sin tiempo casi del ancho llano sahariano y los oasis. Aquel periodo había de terminar con el viaje del padre del cuchillo a Nápoles, para su entrevista con el capitán Mengano, y la llegada a la casa del reloj de sol de María de la Soledad Muñoz Dolores, prima de Antón.

Qué había pasado en esos años -pocos- de continuados viajes al ancho llano del sur es algo que, de tan patente, casi le resulta a este amanuense imposible de narrar o explicar. Y, sin embargo, fue muy simple: Antón Dolores fijó sus ideas e intuiciones y puso las bases de su "doctrina" trinitaria, a la vez que Lauari Bujudmi perfiló una primera formulación de lo que luego dio en llamarse "doctrina del padre del cuchillo".

Antón Dolores fijó sus ideas e intuiciones y puso las bases de su doctrina trinitaria. Eso. El viejo misterio de la trinidad de la religión en la que había sido tenazmente educado se simplificó en su cabeza en una fórmula sencillísima. Primera persona = yo; segunda persona = tú; tercera persona = ellos o los otros. O, en una formulación más acercada a la vida de los grupos, cuando intuyó que esta era posible: primera persona = nosotros (grupo constituido, estable y sin tensiones); segunda persona = vosotros (igualmente, grupo estable y sin tensiones con el que la primera persona entra en contacto o relación); tercera persona = ellos, o los otros grupos con los que es posible entrar en relación, tal vez la posibilidad misma de relación, la posibilidad de "amar" o "amor".

Era tan simple la cosa que, el día aquel, en una de las ciudades de los cinco palmerales, la antigua Gardaia del Mzab, el día aquel que consiguió explicárselo al grupo que le acompañaba en aquella ocasión, con el padre del cuchillo incluido, se pasaron toda la noche en una carcajada. Todos recordaron luego aquella que dieron en llamar "la fiesta de las carcajadas". Al amanecer, todos cansadísimos de tanta risa, agotados y somnolientos, Antón Dolores le dijo a Lauari Bujudmi que debían separarse y formar dos grupos diferentes y autónomos aunque en estrecha conexión, a pesar de las distancias, dos grupos relacionados de continuo por los viajes y desplazamientos, por las visitas mutuas y las cartas.

--¿Dos familias? -contestó, socarrón, el padre del cuchillo.

Y de nuevo se les desató la risa, antes de irse a dormir.

Porque fruto de aquellos viajes fue, también, la primera aproximación de Lauari Bujudmi a lo que luego dio en llamarse "doctrina del padre del cuchillo", de tan fértiles consecuencias en el futuro del paraíso de las islas. Comentaba Lauari Bujudmi que, en el origen de su inquietud, no sabía bien precisar por qué, estaban un par de divagaciones del Dolores

que recordaba con rara minuciosidad aún muchos años después.

--Investiga formas geométricas elementales, triángulo, cuadrado, círculo, la línea... -Antón Dolores, recordaba el Bujudmi, se estaba dirigiendo al arquitecto Batres, en las primeras expediciones al sur, a los oasis, en la ciudad mayor de los cinco palmerales-. Y pasa luego a las formas en el espacio, con volumen, el cilindro, el prisma o el cubo, la pirámide, la esfera... Cuando seas un maestro en ello, habrás comprendido a los otros, al tercer componente de la trinidad, y podrás pasar a representar la figura humana y hasta el mundo todo y los espacios siderales. Y ya nunca correrás peligro de ser adorador de falsos ídolos, de dioses en general, de ficciones o símbolos. Serás el arquitecto y constructor de puentes que todos necesitamos. Todos: no algunos para dominar. Y eso es importante: la desaparición de los dominadores que tradicionalmente nos utilizaron creyendo huir de su propia desaparición personal. De nuevo el reino de todos. Al fin, la paz.

Durante muchos días, recordaba el padre del cuchillo, le había asediado un pensamiento obsesivo hasta hacerle casi enloquecer. Cuando alguien se interesaba por lo que le sucedía, invariablemente contestaba algo a simple vista incongruente.

--Toda la gente es una hermosura de maniática y los niños son unos animalitos encantadores y listísimos.

Tras casi una semana en aquel lamentable estado de semibloqueo mental, todos estaban alarmados. Antón, en concreto, estaba muy inquieto. "Resultó ser el sol más fuerte que su educación para la cortesía", recordaba Lauari Bujudmi que le había escuchado decir al Dolores el día en que recuperó la capacidad de expresarse de nuevo. Y eso sucedió a raíz de una conversación informal a la sombra de unas palmeras en la ciudad mayor de las cinco ciudades de los cinco palmerales. "¿Sobre qué estabais hablando?", preguntó repentinamente Bujudmi. Nadie le había sabido responder con exactitud, aunque Antón Dolores creyó que el arranque de la informal conversación habían sido unas consideraciones sobre la encantadora simplicidad del soldado. Pero las palabras del Dolores que habían conseguido sacar a Lauari Bujudmi de su estado de bloqueo mental y que motivaran la pregunta de sobre qué estaban hablando, las recordaba el padre del cuchillo con milagrosa precisión.

--...Tradicionalmente, ese deseo de mostrar el mundo a otros, de transmitir el conocimiento aprendido, se concretó, por su mayor facilidad, en la paternidad, con lo que ello significaba de exclusivismo y cerrazón, de "haz a tu hijo jefe del ajeno", de tesaurización y herencia a transmitir a limitados otros, a los contados herederos. A la generosa herencia del "maestro" que lanza su mensaje sin discriminar a aquellos que pudieran recibirlo, sucedía la perturbadora herencia pequeña y para pocos, la generadora de artificial y artificiosa desigualdad, la que podía convertirse en trece monedas capaces de comprar a los ignorantes. Más o menos así se llegó a instaurar la mala educación, la corruptora, la que hizo correr el peligro de que nos convirtiéramos todos

en seres definitivamente desdichados; la que hiciera peligrar la posibilidad -importante, necesaria— de que un día el "conocimiento" pudiera llegar a todos...

--¿Sobre qué estabais hablando? -interrumpió Lauari Bujudmi.

Todos se quedaron perplejos ante la repentina recuperación de la palabra y de la capacidad de escuchar de Lauari Bujudmi. Allí estaban, con Dolores y el propio Bujudmi, sentado a la turca algo retirado del grupo de tertulianos, la electricista Aurora, el niño Antonio SNP, el arquitecto Batres, un tudesco al que llamaban Lobo Corredor -al parecer, traducción aproximada de su nombre en alemán-, y alguno más, entre ellos un par de chavales nacidos en el palmeral y que viajarían hacia la costa con algunos del grupo a su regreso. Antón Dolores, muy contento, fue quien contestó.

--No hablábamos de nada en concreto. Estamos esperando a que nos avisen para la comida. Creo recordar que alguien dijo algo sobre la encantadora simplicidad del soldado...

--Sí, Dolores -era Chispas Aurora-. Yo te había comentado que los electricistas, desde niña, me enamoraban todos y que, a pesar de odiar la guerra, me fascinaban los soldados... Y tú nos comenzaste a hablar sobre la educación.

--Eso era, sí -certificó alguien.

Lauari Bujudmi parecía haber recuperado todo su aplomo anterior a los días de mutismo y ensimismamiento. Cuando habló, todos parecían contener el aliento no fuera a interrumpir sus palabras.

--Siempre me pareció un espectáculo lamentable... un espectáculo desagradable, ver a los niños pegaditos a la falda de su mamá y pendientes de los labios de su papá. Siempre intuí que mi padre Busacram el carnicero -Lauari Bujudmi no supo hasta muchos años después que Busacram era en realidad su hermano- sabía el camino a seguir pero no sabía comunicármelo; hasta llegué a pensar que, al quererme carnicero como él, me equivocaba, tal vez equivocado él mismo. Pero la sensación de dictadura del padre en una familia me llegó en el tiempo que pasé en casa de mi abuelo paterno -el padre del cuchillo sabría años después que aquel que consideraba abuelo era en realidad su padre-, en mi pueblo de origen de la estepa, lejos del mar. Allí intuí la impostura, el engaño. Realmente, aquel viejo sabía el camino. No podía ponerse en duda que conociera el camino a seguir de los suyos, sus hijos, pero se aprovechaba de aquel su conocimiento, tal vez porque tuviese miedo a la soledad de la vejez, del desasistimiento y de la muerte. Esa era la única justificación posible a la verdadera tiranía que ejerciera sobre sus vástagos varones presionándoles hasta la resistencia última, aquella que rayaba en la ruptura, para que se quedasen a trabajar en el grupo familiar que él controlaba con entero poder. También sabía el anciano que, desaparecido él, el padre de la casa de la familia ampliada, todo el montaje habría de venirse abajo al ser imposible la dictadura de uno solo

de los hermanos sobre los demás. Pero eso, al parecer, ya no le importaba. Toda la historia está llena de luchas entre hermanos tras la desaparición de un padre poderoso o en el momento de su decadencia irrecuperable. Así parecía que había de seguir sucediendo, puesto que así había sucedido hasta entonces.

Al padre del cuchillo se le veía muy afectado, casi con lágrimas en los ojos. Prófugo Tito se había acercado para avisar que la comida estaba lista, pero se había quedado en pie y en silencio, discretamente, sin osar interrumpir aquel fluir de las palabras del Bujudmi.

--Y luego, de regreso a la ciudad de los vientos, capté que era aquella, en realidad, dos ciudades diferentes o diversificadas. Era la una, la agrupada en torno al que llamaban centro, muy limpia y cuidada, de gente elegante, discreta y, altos profesionales y altos cuadros, lo que se entendía por gente bien educada; pacíficos, trabajadores, abundaban los obesos, las mujeres sofisticadas con perrito y los niños atildados y modosos. La otra era más mi ciudad, la de Busacram el carnicero y, sobre todo, la de los zapateros con sus dedos pulgares partidos por espectaculares profundas cicatrices, pulgares como informes embutidos, y su permanente sonrisa. Era aquella la ciudad emocionante, toda una ciudad en busca de "otro" padre... Toda la muchachada estábamos en lucha contra el padre familiar, soportándolo o sufriendolo en un primer momento, odiándolo a continuación, al final -ya viejo: el salto había sido dado— tal vez manifestándole alguna piedad. A pesar de todo, a pesar del padre, la ciudad se había logrado transformar. Pero a nosotros nos habían formado para reproducir fielmente aquel modelo paterno que antes rechazábamos, nos estaban convirtiendo en hombres a su semejanza capaces de conservar el esquema familiar heredado. A mí se me antojaba que era todo una gran impostura, el gran engaño. Porque los papás eran rudos e ignorantes, los niños trabajaban desde muy chicos en trabajos penosos, duros y poco creativos; todos pensaban, y así se lo hacían creer a los chavalitos, que así se estaban educando para ser hombres, y hombres de bien. Yo intuía que era mentira. Por eso recuerdo, con una mezcla de ternura y terror, aquellas noches en que la chavalería nos echábamos a la calle y nos metíamos en el cuerpo cualquier droga que pudiera combatir a aniquilar nuestra juventud.

Fue entonces cuando todos escucharon la voz chillona de Lala Paki.

--¡Ondia, majaras! ¡A jalar!

Lala Paki se había empeñado en vestirse de escamas plateadas en el sur, a ella el tanto sol y la llanura sin fin le traían vagos recuerdos playeros y su traje mínimo de escamas plateadas se le antojaba el más adecuado, el más semejante al traje de baño, "bikini" para ella.

--Bikini, guay, chuti. Chupi de bien -le había dicho a Sidi Kid cuando a éste le había molestado verla allí así, medio desnuda, entre gente que se cubría con largos vestidos.

Y le había llegado a llamar "burra", sinónimo para él de tozudez, de enconada cabezonería. Coco-bola y en bikini por los palmerales, Lala Paki pronto se convirtió en la estrella de las cinco ciudades y había tenido que dar casi una docena de improvisados recitales de guitarra a la chavalería de aquellos lugares. Había llegado a tener, incluso, un encendido romance con un apuesto mozabita, pero la chica no había podido resistir las exigencias de su amante. Además de no estar acostumbrada a dedicarle tanto y tanto tiempo al sexo, habían surgido otros problemas de comunicación.

--Nik, guay... Nik, nik, nik, nik, nik, ¡mierda! ¡Adeu! -fue el brillante discurso que Lala Paki le soltó al mozabita para explicarle que ya no quería saber nada más de aquel idilio. Aurora fue la encargada de traducírsele al desconsolado muchacho.

Porque Lala Paki había hecho un magno esfuerzo de comunicación para acercarse a la misteriosa belleza de aquel joven de los palmerales y hasta había incorporado a su vocabulario dos palabras: nik y salam, joder y la paz o saludo. En el discurso de despedida se le escapó adeu en vez de salam; pero el tal discurso debía haberlo meditado mucho porque, ya algo lejos del chaval y de la traductora Aurora, se volvió y le gritó "¡Salam!", antes de seguir su camino. Aquella hermosa historia de amor había durado dos días escasos pero densos. Durante un día entero Lala Paki había tenido que prescindir de su bikini de escamas plateadas, no había podido trotar por el palmeral a su antojo con la guitarra al hombro o bajo el brazo, y casi se había sentido prisionera en una casa ante las continuas e intempestivas demandas de sexo por parte de su amante, a todas las horas del día y de la noche. Casi cuarenta horas había precisado la chica para saber que lo suyo iba por otros derroteros.

Sidi Kid, para celebrar la liberación de su amiga y compañera de banda jivi de las garras de la terrible pasión amorosa, accedió a vestirse también de escamas plateadas y comenzó a acompañarla en los conciertos improvisados de los atardeceres. Y eso, a pesar de que el tal traje no era nada cómodo; se recalentaban las escamillas metálicas con el sol durante el día y refrescaban demasiado de noche; por otra parte, el tal traje dejaba gran parte del cuerpo expuesto al sol, con lo que se ponían colorados como gambas si osaban salirse de la sombra protectora del palmeral a las horas de mayor calor. Tras mudar de piel dos veces, Lala Paki -y con ella Sidi Kid- accedió a vestirse, como complemento de su bikini, una amplia abaya blanca que decoró a su gusto con brillantes brochazos de colores vivos.

La electricista Aurora se había convertido, sin pretenderlo en absoluto, porque sí, en la ángela guardiana de sus colegas de banda jivi, sobre todo Lala Paki y Sidi Kid, los dos alocados e inconscientes pequeños diablos. Antonio SNP y Prófugo Tito, por su parte, se habían inmerso de tal manera en las discusiones y reflexiones en alta voz del grupo, con Antón y el Bujudmi como guías o moderadores, que habían ganado en pocas semanas tanta madurez que sorprendía. Antonio SNP, en concreto, adoraba a Lauari Bujudmi y no se apartaba de su vera,



tal su sombra. De regreso al norte, a la costa, con él había de iniciar años después su experiencia de marino, abandonando la banda jivi que Prófugo Tito seguiría capitaneando. Y Martín y Martina, bajo la sombra protectora de Chispas Aurora al principio, se habían ido identificando el uno con la otra -y viceversa-, así como con el palmeral y sus gentes, en una comunión tan total que cuando el grupo regresó al norte ellos dos prefirieron quedarse allí, en el llano del sur. Aprendieron a tejer en los telares locales, se impregnaron de técnicas y colores y llegaron a remozar tramas y combinaciones antiquísimas, a elaborar tapices con su sello personal y hasta firmados M.M., no se sabía bien si Martín el Marsellés, Martina Martinés -ese era su nombre completo— o Martín y Martina sin más. Mucho tiempo después, los tapices de Gardaia M.M. aún tenían una cotización especial en los mercados de la costa y eran muy buscados por su rareza y su diseño, aunque heterodoxo, plenamente anclado en la tradición local.

--Animalitos encantadores y listísimos -había comentado el padre del cuchillo al despedirse de los dos poco antes de regresar a la casa del reloj de sol, su primer viaje a los oasis concluido.

Chispas Aurora había vivido intensamente su estancia en los cinco palmerales. A la relación casi maternal -para entendernos- con los chicos y chicas de la banda jivi, se había ido imponiendo el interés por las reflexiones teóricas de Antón y Bujudmi, con las relaciones nuevas de grupo a las que estas discusiones daban lugar. Y, sobre todo, su verdadera historia sentimental con el chico centroeuropeo Lobo Corredor, el tudesco rubio y tímido, o ensimismado, Wólfram.

## 7

### **Wólfram Lobo Corredor y la electricista Chispas Aurora, un discurso de Lala Paki y algunas consideraciones elementales del padre del cuchillo en torno al cuerpo**

Wólfram Lobo Corredor era, de alguna manera, un huído de su región de origen, como tantos otros, aunque su huida no estaba directamente relacionada con la campaña de "espías dobles/espías múltiples". Más joven que Aurora, había participado con entusiasmo en manifestaciones ecologistas y antimilitaristas centroeuropeas y con tal precisión en los objetivos que fue catalogado por la poderosa policía preventiva como "peligroso activista". La persecución informática a la que le sometieron había sido muy intensa -a pesar de su juventud, recién pasada la veintena-, hasta el punto de que se le agudizó

un proceso paranoide que alarmó a sus amigos más cercanos. La casa del reloj de sol y, a continuación, el primer viaje al sur de Antón Dolores, le acogieron. Vía París-Marsella, Lobo Corredor llegó a la ciudad de los vientos con cartas de uno de los que había de ser personaje emblemático del paraíso de las islas, el futuro Borondón el Antiguo o el Babilónico, a la sazón de unos treinta y cinco años y a punto de abandonar sus tierras ribereñas del Rin para siempre. Pero esa es otra historia que algunos amanuenses han narrado y otros amanuenses narrarán un día.

Nada más entrar en la casa del reloj de sol, lo primero que había hecho Lobo Corredor había sido descalzarse. Se quitó unas botas camperas de fuerte cuero vuelto, de las que llamaban Santiago, las dejó en un rincón de la gran sala de los nueve vanos -la cupulita había pasado a convertirse en puerta lúdicamente utilizada para ascender a la terraza- y, primero en calcetines o con los pies desnudos, más tarde con babuchas, ya no volvería a utilizar calzado de tipo tradicional de suela gruesa y rígida con tacón. En el viaje al sur sólo calzaba sandalias o unas babuchas imperfectas, como sandalia abierta, a las que llamaban Espartacus. En las dos primeras semanas de vida con el grupo, en la casa del reloj de sol y de viaje al sur, Wólfram Lobo Corredor apenas había hablado lo más imprescindible para presentarse y expresar las necesidades cotidianas más elementales. No obstante, desde el primer momento demostró una exquisita cortesía. Muchos años después, aún recordaba el padre del cuchillo a "aquel joven eficiente y obsequioso" que era Lobo Corredor, a pesar de que no recordara su nombre ya, sus vidas transcurridas por caminos muy diferentes.

Descuidado en el vestir, era extremadamente cuidadoso con su pelo, largo, lacio y rubio, que, durante las semanas de su viaje por los oasis, procuró mantener siempre muy limpio y protegido y recogido con ingenio. Chispas Aurora comenzó a conectar con Lobo Corredor primero, y luego a intimar, con ocasión de sus peinados matutinos. Un día se le ocurrió sugerirle al chaval un tratamiento especial para su melena rubia y le había ayudado en un trenzado en coletas múltiples y no muy prietas. En mañanas y atardeceres sucesivos, en el palmeral, había pasado poco a poco de acariciarle el cabello a las caricias en la nuca, cuello, rostro y pecho, mientras Lobo Corredor le narraba recuerdos del tremendo movimiento pendular de la cabeza oscilante entre la lucidez y el caos, la desbordante lucidez y el caos desbordante, recuerdos y vivencias de su tiempo de vida y acción en las ciudades del Rin. Y Aurora se enternecía y le hablaba del mar, de la costa soleada y cálida, de Formentera...

La segunda semana de estancia en Gardaia, la ciudad mayor de las cinco ciudades del gran palmeral ramificado, Lobo Corredor participaba en las discusiones que de continuo surgían en el grupo con reflexiones y argumentos originales e inteligentes. Un día Antón Dolores, comentando con el mismo Wólfram aquella paulatina transformación, lo expresó con palabras bien precisas.

--De alguna manera, el ancho llano "abre" la cabeza, multiplica las posibles relaciones como múltiples espejos multiplicaran las imágenes, adensa la reflexión, agiliza las asociaciones de los mensajes que la memoria conserva vivos pero adormecidos... El ancho llano, su línea horizontal en torno a ti -y Antón miraba grave a Lobo Corredor-, facilita la progresión lineal del pensamiento, lo transporta hacia un siempre lejano más allá que entrevés alcanzable un día, si no por ti, por alguien que viniera tras de ti.

Y es que, aquel día, Wólfram Lobo Corredor había conseguido expresar algo profundo de su pensamiento con palabras eficaces.

--No me interesa lo improbable sino lo posible --había comenzado a decir, y todos enmudecieron y prestaron atención a un Wólfram como ensimismado-. He luchado mucho, y seguiré haciéndolo, por una nueva relación. Así, como suena.

Pareció hundirse durante unos segundos en su ensimismamiento, pero se repuso y todos suspiraron aliviados.

--Allí, de donde vengo... -dudó-. Creo que en otras muchas sociedades también... En fin: se habían planteado las relaciones en términos ya periclitados: relaciones de reciprocidad para llegar a relación de dominio. Y a lo largo de los tiempos, eso había dado lugar a un verdadero círculo vicioso de alzas y decadencias estrepitosas de los diferentes pueblos y grupos organizados. Es fundamental una nueva relación a la que, incluso, habría que buscarle un nombre... -y miró a Antón Dolores, gesto de ansiedad-.  
¿Reciprocidad programada, tal vez?

De nuevo se mostraba abatido Lobo Corredor, antes de concluir con una nueva pregunta.

--Pero... ¿quién controlaría la programación?

Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, saltó impetuoso.

--¡Bravo, Lobo! Pero eso es poco. La cuestión es más profunda todavía. Hablas de nueva relación de grupos, de grupos amplios, de regiones enteras, de países diversos. Pero la nueva relación nace más abajo, desde la raíz misma de los grupos, desde la relación personal. Y ahí entra también, y funciona, esa relación que mentabas: reciprocidad y dominio. Piensa en tu padre y tu madre, en tus primos y primas, en tu hermano..., si tienes.

Lobo Corredor no parecía comprender nada. Pero todos estaban atentos y el padre del cuchillo seguía con ardor.

--Y se quiere o se pretende que eso sea así, biológicamente así. La historia del parto y de la teta, la protección, la seguridad, cosas de dos...

Y el resultado, para mí y creo que para ti, para todos aquí, está claro, no puede ser más catastrófico, más injusto y disparatado. La perpetuación de la desigualdad. Inicuo.

Lauari Bujudmi estaba enardecido.

--Mis colegas, y yo mismo, condenados a la pobreza moral y material desde el puto momento del corte del cordón umbilical, marcados, tatuados todos desde el nacimiento con más o menos artístico ombligo que, más que signo de igualdad y vida, es símbolo de desdicha, de impiedad y desdicha para la mayoría, de estupidez y disparate.

Nunca habían visto al Bujudmi tan excitado.

--Mataría a mi hijo si supiera que iba a llegar a ser esclavo involuntario de otro hijo ajeno. Y es indudable que esto va a suceder así. Es por eso: no quiero un hijo mío, por principio, y procuraré, como solidario, evitar que cualquier hijo ajeno pueda ser esclavizado por un malvado o por un grupo de tiranos. No me gustaría convertirme en asesino. Aunque, en el fondo de mi corazón, admiro a Yamel el Inflexible...

Ya Lauari Bujudmi parecía no hablar sino para sí mismo. Una nube de turbación planeaba sobre el grupo allí reunido. El mismo Lobo Corredor parecía haber comprendido, al menos, el resultado final del razonamiento del padre del cuchillo. Lala Paki y Sidi Kid, sin embargo, cacharreaban cerca y se estaban liando unos cigarrillos, absolutamente ajenos a la conversación de al lado. Lauari Bujudmi, aún muy excitado, se dirigió con voz fuerte a Lala Paki.

--¡Eh, Lala Paki, ¿sabes lo que es una puta?

La chica, muy tranquila, mientras terminaba de ponerle una boquilla-filtro al cigarrillo, contestó con voz alegre.

--Lala Paki no puta. Puta, guay. Lala, no puta... -y ya de pie y dirigiéndose a los atertulados-. Mamá, puta. Mamá, cocina, tele y cama. Luego: ¡papá, pasta! Y papá, curre, curre, curre y pasta a mamá. Puta, guay. Puta, mamá. Lala no sabe. ¡Chupi de bien puta, tú! A Lala Paki no mola cocina y cama. Mola tele... Mola música, mola curre de música, correr... No mola sólo puta. Sólo puta, muermo, tú.

Sidi Kid se le había acercado por detrás y la escuchaba boquiabierto. Luego, le quitó el cigarrillo ya encendido y le dio un empujón con el hombro, así al bies, de costado.

--Paki, burra. Mamá no puta.

--Eh, nik, nik, nik, tele y pasta, ¿no? -y a todos-. Mamá de Kid, puta también. Guay, ¿no? Puta madre, guay.

Chispas Aurora no podía retener por más tiempo la risa escandalosa y se había abrazado a la cintura del tudesco Wólfram, sentado a la turca, en la espalda del chaval ahogadas las carcajadas. Terminó cubriéndole de besos la nuca y la abaya blanca. Su risa debió ser contagiosa porque, al rato, todos reían, hasta el propio Lobo Corredor, aún incapacitado para comprender las palabras de Lala Paki, que ahora se pavoneaba por delante del padre del cuchillo contenta de que su respuesta hubiese causado tan brillante efecto, satisfecha de haber comunicado, en fin. Pero Sidi Kid no estaba tan satisfecho.

--Mamá no puta, burra. Mamá, guay -repetía muy serio, frente a una Lala Paki más chula y acrecida que nunca.

--Putá, guay; mamá, guay; puta madre, guay, chuti, ¿o no? -y le echó el humo a la cara tras recuperar el cigarrillo de nuevo de manos de Kid.

--Mamá de Sidi Kid, chuti guay -insistió el chico, intentando ser convincente-. Mamá curra, mamá hace cus-cus, mamá guapa, mamá besa coco de Sidi Kid, mamá lava camisa de Sidi Kid, mamá todo... ¡No puta! -parecía casi agresivo.

Lala Paki, descarada, hizo girar su dedo índice apuntando hacia su propia sien, y le sacó la lengua a Sidi Kid.

--Tú, coco-bola, coco ná. No pillas ná.

Lauari Bujudmi, malconteniendo también él las ganas de reír, puso paz entre los pequeños diablos de la banda jivi y los sentó a su lado. Al rato, sin embargo, mientras seguía la tertulia y el sol muy bajo comenzaba a incendiar los palmerales, los dos diablillos se hartaron de una reunión que, aunque sabían afable y amiga, no era capaz de integrarlos con su conversación. Se fueron a corretear por allí. Su escaso centenar de palabras no daba para más. Con los niños y muchachos más jóvenes de las ciudades de los oasis habían incorporado algunas nuevas palabras, como *kif-kif* o *aruaj* (igual o ven), *lá* (no), *cus-cus* (como comida, en general, en su lengua), entre otras, pero tampoco les bastaban para conversar. Así que jugaban, se divertían con libros de imágenes que les inspiraban dibujos coloreados con los que se entretenían mucho, hacían excursiones por los alrededores en bicicletas, a pie e, incluso, en motos pequeñas con cuyos motores sencillos comenzaban a familiarizarse con la ayuda de otros muchachos más habituados a las máquinas -tanto Lala Paki como Sidi Kid eran habilísimos destrozadores de motores y Aurora tenía que tener un especial cuidado en que no se acercaran a ninguno de los aparatos electrónicos del equipo musical-, y, sobre todo, se recreaban con la música, con cualquier instrumento musical, con cualquier objeto que sonara, en la más plena acepción del término mismo recrearse.

Antón Dolores quiso provocar la continuación de los razonamientos

de aquel padre del cuchillo que, tras el paréntesis discursivo de Lala Paki y la risa, se había serenado ya.

--Padre del cuchillo: hablabas de hijos propios y ajenos, de explotación y de asesinatos...

--Es arduo aún para mí el asunto, Dolores. Pero sigo cavilando. Creo que todos los niños son básicamente iguales, que su herencia biológica es, aunque importante, mínimamente condicionadora. Incluso en el caso de nuestros cercanos Paki y Kid -a Lauari Bujudmi casi le entra la risa de nuevo-. Son un disparate..., encantadores y listísimos -titubeó un instante y siguió, más serio-. Lo que crea al futuro pensante y actuante es la larga educación..., la larga educación para aprender los tabúes del grupo -casi pareció enfadarse de nuevo al decir las últimas palabras-. Sólo una pequeña minoría logra zafarse de esa educación perturbadora. Y esa pequeña minoría, aunque perturbadora a su vez un tiempo, termina engullida por el grupo dominante y dirigido. Será utilizada y destruida, sin duda, finalmente. Con más o menos brutalidad o disimulado guante blanco. Pero destruida por molesta. Salvo un milagro... -su rostro se ensombreció-. Sólo un milagro puede salvar, pongamos por caso, a Lala Paki y Sidi Kid, tal vez a todos nosotros, los aquí reunidos en este momento, y a todos los habitantes de estas ciudades del palmeral.

Otra vez una sombra parecía, suspendida y envolvente, avanzar con las sombras de la noche en torno que apuntaba.

--Haz un esfuerzo, padre del cuchillo -casi suplicó Antón Dolores-. Intenta remontar...

--Lo intento, Antón. Creo que hay que remontarse más atrás aún, más allá de esa relación primera hembra-varón que, institucionalizada en su origen como..., como reciprocidad, por retomar el término de Lobo que creo adecuado -el discurrir en alta voz del Bujudmi era lento y trabajoso-, desemboca en una relación de dominio, de empujamiento no sólo de la mujer sino de la relación misma..., de enchulamiento... -se le veía sufrir, en busca de palabras, al padre del cuchillo-. Y degradada esa relación básica, esa "trinidad", que tú dirías, Antón, de una primera persona/yo/varón, una segunda/tú/hembra y una tercera/él/hijo o ellos/hijos... -sufría, de nuevo, para expresarse-. Degradada ya, creará otras relaciones de reciprocidad que llegarán a ser de dominio, aquel "haz a tu hijo/síntesis/amor/tercera persona jefe del hijo/síntesis/etc. ajeno"... -el sufrimiento se le marcaba en el rostro y (ya de noche casi, alguien había traído candelas) las sombras acentuaban el brillo de sus ojos y los trazos de ese sufrimiento marcándole el rostro-. Y por eso yo nunca querré un hijo, que un hijo será para mí un accidente no deseado; pero intentaré, por solidario, evitar que sean explotados los hijos ajenos, los demás, los otros, el "santo espíritu" que tu dijeras, Antón... -se le notó un esfuerzo supremo-. Pero hay que saltar de nuevo más atrás, a antes de esa primera relación... al cuerpo. Perdonad el salto, pero es necesario, hacia atrás... Luego, más adelante,

podremos de nuevo volver hacia adelante con paso más firme, hacia adelante...

Hizo una pausa. Parecía atorado. Musitó, entre dientes, un "encantadores y listísimos" casi inaudible y Antón Dolores temió lo peor. Su grito sonó como una detonación.

--Padre del cuchillo: ¡el cuerpo!

Y dio resultado. Lauari Bujudmi pareció agitarse, removido como por un huracán interno, activado, tal vez golpeado por misterioso golpe seco.

--¡El cuerpo es una anécdota lavable! -casi gritó, y luego, más sereno, casi susurrante-. Creo que es un gran descubrimiento; el cuerpo, esa anécdota lavable... Nada serio puede sucederle, salvo la enfermedad; nada es para él pureza o impureza, salvo una herida peligrosa que pudiera infectarse o un misterioso virus. O el hambre, la mayor humillación que los hombres infringen a sus semejantes, el verdadero negocio de los mercaderes -el padre del cuchillo miraba fijamente al Dolores y hablaba con tono monótono y enronquecido-. El verdadero bautismo por agua cobra así todo su sentido: todo lo que le sucede al cuerpo es lavable, purificable con el agua, teólogo Antón. Un baño de mar es la suprema purificación: tras él, volver a empezar. No hay, por lo tanto, haram, pecado, teólogo Dolores. Sólo la enfermedad y el hambre son rechazables. Sobre todo el hambre, suprema enfermedad, supremo "pecado"... La enfermedad, si inevitable, tiene su contrapartida en la piedad del grupo hacia enfermos y ancianos. Pues la vejez no es más que la enfermedad final. Y el hambre no admite ni siquiera piedad pues ella es la impiedad misma. El más grave de los "pecados" para el grupo. El negocio del hambre, la compra-venta de los alimentos. Elemental.

Antón Dolores sonreía.

--Gracias, padre del cuchillo. Siento como si hablara por tu boca.

--Gracias a ti, Dolores, a todos nuestros compañeros aquí; a Lala Paki y a Sidi Kid también -y continuó el Bujudmi, cara de felicidad aunque fatigado tono-. Hambre y aburrimiento han sido las dos mayores plagas de la humanidad desde el inicio de los tiempos. El aburrimiento engendra también sus propios "pecados" y "virtudes". Ha sido también la base de los mayores negocios de los mercaderes, como el hambre. Pero pienso que el aburrimiento puede llegar a ser desterrado de la vida de los grupos... también.

Lala Paki y Sidi Kid llegaban en ese momento, a todo correr, con un verdadero comando de chiquillería y algunos compañeros de aventuras de su edad. Voceaban la hora de la cena. Habían programado música para lo que ya comenzaban a denominar "la hora de la distensión".

8

**Martín y Martina se instalan en la casa del tejedor  
Mohamed Benlulú, y la fiesta de la última gran luna de la  
primavera con la presencia del anglo-irlandés  
Fitz-Gerald Costwold, la bella Mariem Benlulú  
y la camella Bernabé**

El primer viaje al sur de Antón Dolores y Lauari Bujudmi culminó, para el padre del cuchillo al menos, en un interminable deambular por las cinco ciudades del gran oasis ramificado del Mzab. Y fue aquello así por puro funcionalismo, que podría decirse, por puro pragmatismo: allí, primera estancia larga en el sur de los dos recién amigos Dolores y Bujudmi, consiguieron expresar con fluidez y ordenadamente muchas de sus obsesiones más dominantes, consiguieron hacer preciso algo que en el norte era nebuloso y vago. Y, lo que es tanto o más importante, a quienes los acompañaban les había sucedido algo similar. Notas muy valiosas del arquitecto Batres, del niño Antonio SNP y de Wólfram Lobo Corredor sirvieron a este amanuense de guía para poder reconstruir algo de lo que pudo haber sucedido en aquel histórico viaje; históricos viajes, en general, mejor.

Fueron semanas de encendida racionalidad e incansable trajín diurno. Cartas traídas por Antón Dolores para Fitz Gerald Costwold, un anglo-irlandés afincado desde años atrás en aquel oasis, y cartas traídas por el padre del cuchillo para Mohamed Benlulú, mozabita que habitaba en la amurallada ciudad de Melika, una de las más bellas de aquellas cinco ciudades, habían sido llave maestra para la integración de tan desmadejado y dispar grupo de viajeros en la cotidianidad relajada y calma de los habitantes del gran palmeral. La electricista Aurora, Antonio SNP y Prófugo Tito, el arquitecto Batres y Lobo Corredor Wólfram, en particular, participaron activamente en los más variados trabajos de las comunidades mozabitas; los nuevos trazados para las conducciones eléctricas de los barrios altos y para las conducciones de agua, así como los planes en marcha para los pavimentados más modernos de diseño y de materiales más resistentes, habían permitido a los cinco expedicionarios mantener un alto grado de actividad a diario, con la buscada o deseada comunicación con las gentes que de siempre habitaban aquel lugar que transmitía tan vigorosa vibración.



Martín y Martina, por su parte, aún muy afectados por el largo secuestro en el mar y en Siracusa a manos del pirata Escandalera, habían tardado una semana larga en encontrar una actividad atrayente, en encontrarse. Después de unos días de abulia en los que ambos, más unidos que nunca, vagabundearon por los interminables laberintos de callejas de las cinco ciudades, Martín y Martina habían terminado dejándose atrapar por las tramas y urdimbres sutiles del taller del tejedor Mohamed Benlulú. Poco a poco habían ido aprendiendo los secretos de los tejedores, en visitas cada vez más continuadas y dilatadas, las más clásicas combinaciones de aquellas madejas de colores vivos o tamizados, blancos crudos, negros, rojos asalmonados, amarillos como de pomelo, verdes de hoja de nogal en otoño, tímidos ocres... En la tercera semana de estancia en el palmeral del Mzab descubrieron que no podían prescindir de la visita cotidiana al taller del tejedor, a la vez que éste, Benlulú, descubría también que no podía pasarse de aquellos jóvenes visitantes, que los necesitaba cerca y deseaba su presencia con rara ansiedad.

A la vuelta de un viaje rápido al norte, a la ciudad blanca y empinada de la costa, Al-Yesaer, Benlulú rogó a Martín Marsellés y a Martina Martínés que se quedaran en su casa, y el muchacho y la muchacha aceptaron complacidos. Un operario del taller, primo lejano de Benlulú, sustituiría a éste en los viajes mensuales al norte, de transporte de mercancías y balances, y el jefe tejedor Mohamed Benlulú ya no volvió a salir, sino en contadas ocasiones, de aquel lugar y aquella casa suya en el corazón de la amurallada Melika, Martín y Martina más que huéspedes ya de su casa-taller, castillo con ventanas diminutas a la altura de una persona sentada, sobre la muralla, a sus pies el palmeral, frente a ellos la torre esbelta de Gardaia dominándolo todo.

Martín y Martina habían puesto sus condiciones al tejedor Benlulú, aunque estas eran sencillas. Deseaban dormir juntos, bien en el taller, bien en alguno de los rincones de la casa, no entrar en el juego de las separaciones habituales, de Martín en el ala de los hombres y Martina en el pabellón femenino de aquella pequeña familia ampliada. Al tercer día de organizar sus noches en el taller mismo, Mohamed Benlulú había reorganizado el espacio interior de la casa de la muralla de Melika y había reservado una de las salas altas, junto a la azotea-mirador, para él y para los dos viajeros, con el consentimiento de éstos. Algunos días de visita de familiares o amigos los dos niños de la casa, uno hijo del propio Benlulú, de unos diez años, de su primer matrimonio temprano, y el otro sobrino, de unos doce años, que trabajaba en el taller, pasaban también a dormir a aquella habitación alta si no lo hacían en el taller mismo. La madre y la abuela de Benlulú, así como su segunda mujer y su hermana más joven, para la que estaban preparando un matrimonio para el año siguiente, ocupaban todo un ala de la casa. El padre de Benlulú hacía tiempo que había abandonado el palmeral, se había instalado en el norte y, al parecer, formado otra familia y casa.

Tanto al padre del cuchillo como a Antón Dolores y al resto de los compañeros de la banda jivi, no disgustó en absoluto, ni había por qué, la decisión de Martín y Martina. Les hizo gracia. Pero rogaron a los dos, y esta era la segunda condición que ellos le habían puesto al tejedor Benlulú, que cada día, al atardecer, descendieran a la parte baja del palmeral, entre Gardaia y Melika, para la hora de la distensión. Así lo hicieron. En ocasiones, incluso, les acompañaba la madre, la segunda esposa o la hermana del tejedor mozabita y, aunque permanecían veladas con su jaik blanco inmaculado en un lugar discreto y en penumbra de la reunión, aquello significaba una pequeña revolución en los hábitos del lugar. Suponía también que las puertas de la ciudad amurallada, Melika, herméticamente cerradas durante la noche, comenzaban a entreabrirse. Y no solamente para los familiares e invitados del tejedor Benlulú sino también para otros habitantes de aquella ciudad santificada por la tradición que, aunque aún minoritarios en aquel viaje al sur de Antón Dolores y el padre del cuchillo, comenzaron a descender al palmeral en los atardeceres.

Porque era al llegar la noche cuando se intentaba recuperar la "animalidad" -por decirlo de alguna manera- casi perdida, ahogada por la "racionalidad" -por seguir denominando algo más sutil con palabras tan poco sutiles-, cuando las gentes se relajaban o distendían y se transformaban los grupos en una magna piel espléndida, acariciadora y buscadora de caricias. Era entonces, al caer de la tarde, cuando los ojos se convertían en luminarias encantadoras y el timbre de la voz en canto de sirena para posibles navegantes y nadadores, navegantes y nadadores todos sirenas a la vez.

"La hora de la distensión", pensó Antón Dolores. Y así comenzó a ser denominado aquel momento del día: el tiempo de la distensión. Aquel tiempo por todos deseado tras la larga jornada, en ocasiones agobiante, allí tan al sur del sur. Tanto el Dolores y el Bujudmi como Lala Paki y Sidi Kid eran, de manera muy diferente, los principales animadores de aquella etapa especial del final de la jornada. Reyes de la palabra, los primeros, los segundos reyes de la música, era ésta, finalmente, la verdadera reina del aire por un lapso más o menos prolongado, siempre prolongable si el entorno lo demandaba. Prófugo Tito y Antonio SNP se unían a veces a los pequeños diablos, pero preferían enredarse en la conversación, les motivaba más aquel nuevo modo de expresarse, para ellos, que era la palabra, que el mucho mejor conocido por ellos de la música.

Fue en una de aquellas inolvidables reuniones del atardecer, última gran luna de la primavera, cuando a Antón Dolores le regalaron la camella blanca Bernabé. El anglo-irlandés Fitz Gerald Costwold había aceptado aquella noche, lo que era raro en él, abandonar su casa, en el centro del palmeral bajo, a los pies de Gardaia, para asistir a la velada de la noche de la gran luna. También asistían Martín y Martina, el tejedor Benlulú y su hermana menor, así como otros muchos, sobre todo jóvenes y sobre todo varones, de los habitantes del gran oasis. Lala Paki y Sidi Kid, con la ayuda de sus compañeros de grupo Tito y Antonio en aquella ocasión,

habían preparado un concierto predominantemente de ritmos suaves, cadenciosas melodías, verdaderas baladas en ocasiones, y periodos sostenidos de improvisaciones según antiguos estilos jazzísticos poco en uso ya, casi pasados de moda. A aquel tipo de improvisaciones Lala Paki se había empeñado en llamarle "música titigay" o "música marica", nadie sabía bien por qué, frente a la "música jivi chuti-chupi", que era la que el grupo solía hacer con más frecuencia en el norte, en tiempos normales.

Mientras la gente iba llegando al lugar con sus amplias darrajas o abayas, blancas o azules, relajados y pulcros después de una jornada colmada de actividad, algunas mujeres con los jaiques, cada uno compitiendo con los otros en blancor, Antón y el padre del cuchillo habían improvisado, en honor a Fitz Gerald Costwold, de su inusual presencia en aquella "celebración" diaria del tiempo de la distensión, habían improvisado una charla informal sobre las cinco ciudades del oasis del palmeral ramificado, sobre su posible críptico mensaje. Fitz Gerald Costwold les había comentado su obsesión por lo que él llamaba silencios y misterios de aquel lugar. Isleño como era, aquel oasis se le hacía también isla, con todo lo que ello significaba de mundo total, completo y reducido, casi alef. El trazado laberíntico de las cinco ciudades se le antojaba al anglo-irlandés plano de algún tesoro, si no verdadero planisferio gigante de algún cerebro de alguna manera privilegiado, o plantilla que sirviera para adentrarse en el cerebro humano mismo, en su laberíntico trazado. El arquitecto Batres tomó buena nota de aquellas intuiciones de Fitz Gerald Costwold y llegó a elaborar toda una serie de interesantes dibujos comparados, en papel vegetal, de manera que podían superponerse para encontrar conjunciones claves; planos de las ciudades mozabitas, cortes diversos del cerebro humano, cartas del Gran Sahara y hasta lunares y cartas planetarias o siderales en general, sirvieron al arquitecto Batres para hacer reflexionar en alta voz, para provocar las más sugestivas intuiciones en sus cercanos.

Fitz Gerald Costwold les transmitió la fascinación por los "misterios" allí encerrados, comenzando por una terrible leyenda que el padre del cuchillo conocía bien, por muy divulgada en el norte, pero que a Mohamed Benlulú hacía sonreír, cazurrón él, cuando la escuchaba narrar. Era la leyenda de las mujeres mozabitas encerradas en los castillos de las ciudades del palmeral, impenetrables para los extranjeros, sobre todo de la ciudad de Melika, verdaderas devoradoras de viajeros. Cuando los hombres del Mzab emigraban al norte, lo que era frecuente, dejaban encerradas a sus mujeres en aquellas casas-fortalezas durante dilatadísimos periodos de tiempo; aquellas mujeres allí encerradas sin varón, con el discurrir de los días de sol ardiente y de las noches enervantes, podían llegar casi a enloquecer de celo amoroso y de deseos y, en el mayor de los secretos y con gran sigilo, podían atraer desde sus ventanucos angostos a los posibles viajeros, cautivarlos con sus llamados y reclamos, provocarlos con su apenas desvelada belleza y, finalmente, invitarles a entrar en la fortaleza -tal vez un mediodía con el sol a plomo sobre la ciudad, desde algún recodo de un callejón la señal de alguna sirvienta velada o el siseo desde detrás

de una puerta entornada, tal vez un atardecer o en la hora del fulgor de la siesta... El viajero extranjero que osara penetrar en la fortaleza, acceder a la llamada del deseo, ya no volvería a salir de ella con vida. Hasta la extenuación debía saciar a todas las mujeres de la casa cerrada, sería mimado y bien alimentado mientras su virilidad fuera capaz de satisfacer a las encerradas, pero había de morir, a la postre, nunca habría de llegar a ser testigo ante otros de aquel secreto femenino de la ciudad. La imaginación de las gentes del norte veía, tras los muros estrictos de las casas del Mzab, un sinnúmero de hermosísimas mujeres seductoras y una multitud de varones seducidos y asesinados cuyos cadáveres nunca serían encontrados, desaparecidos para siempre, tal vez al lado de los posibles fetos producto de sus amores.

Mohamed Benlulú, el tejedor mozabita, escuchó con sonrisa irónica, una vez más, la narración de Fitz Gerald, completada en ocasiones o corroborada por el padre del cuchillo, y al final de ella comentó con aire de broma que la imaginación de la gente ajena a la pequeña sociedad del Mzab solía demenciar bastante, tal vez a causa de la poca costumbre que tenían de una vida expuesta al sol, a los vientos -simunes, sirocos, guelbis...-, al ancho horizonte que a la larga a todo se imponía, a los altos cielos y a la nítida delgadez del aire, en relación con las tierras más áridas del planeta, tal vez, pero de oculta fertilidad de la que un día alguien sabría beneficiarse, de abundantes aguas subterráneas y otros tesoros invisibles para el común de las gentes.

Y como para ilustrar su irónico comentario, Mohamed Benlulú llamó a su joven hermana, de nombre Mariem, y le rogó que mostrase a los amigos viajeros su rico traje y joyas y que entonase una breve y bella canción de bodas. Con toda naturalidad, entre Martín y Martina, Mariem Benlulú se despojó de su jaique, se lo dio a Martina -lo plegó con cuidado y lo dejó a su vera-, y todos quedaron maravillados con su belleza virginal y la rica túnica bordada con hilos de oro y plata y abundantísimo aljófar. La voz de Mariem Benlulú sonó en la recién iniciada noche como un milagro. La canción, breve, y el tono de soprano lírica de la joven Benlulú casi provocaron alucinaciones en alguno. Después de unos minutos de algo similar al éxtasis colectivo, siguió un silencio denso y expectante mientras la muchacha se cubría de nuevo con el jaique y tomaba asiento a la turca entre Martín y Martina de nuevo. Fitz Gerald Costwold fue quien rompió el silencio. Conocía tanto la canción como los trajes femeninos de la región, pero su comentario conmovió a Antón Dolores, al padre del cuchillo y al propio Benlulú, que le escucharon con particular interés.

--Realmente es monstruoso -el tono de voz de Fitz Gerald era calmo-. Tener una hermosísima joya como ésta, pensada únicamente para lucir y ser vista, encerrada permanentemente en una casa/caja fuerte oscura y olvidada... -el padre del cuchillo temblaba ostensiblemente-. Es más monstruoso aún, por absurdo, reaccionar así por miedo a los ladrones que ser ladrón -Benlulú, el tejedor, se había puesto muy serio, casi adusto-. El ladrón, al menos, puede tener una justificación cualquiera: necesidad, educación y hasta vicio, si se quiere. Pero el que así reacciona, el ocultador, manifiesta sicología

monstruosa, pura absurdez insolidaria y locura -Antón Dolores sonrió, un puntito irónico, y luego recuperó la gravedad habitual-. La ocultación de algo hecho para ser visto y admirado es indicio de simple demencia, de maldad en sí y perfectamente asumida.

El tejedor Mohamed Benlulú, a las últimas palabras del anglo-irlandés Fitz Gerald, se había apartado algunos metros del grupo; para todos desapercibido, el padre del cuchillo le observó con atención. Entre dos altas palmeras, apoyado a un muro de tapial, iluminado sólo por la luz de la gran luna, ya alta en el cielo, el tejedor meditó unos diez minutos antes de volver a la reunión y tomar asiento al lado del padre del cuchillo.

Mientras los otros reunidos charlaban o escuchaban palabras de Antón Dolores, Lala Paki y Sidi Kid se habían retirado con otros chavales a donde tenían los instrumentos musicales y habían comenzado a templarlos para el concierto. Benlulú, ajeno a lo que se decía allí sobre las ciudades del gran palmeral del Mzab, susurraba palabras al oído del padre del cuchillo sobre la importancia de llegar de fuera, al parecer, de lejos, para tener cierta perspectiva frente a aquel posible mensaje peculiar encerrado en el palmeral, claridad y complejidad combinadas. Los naturales del lugar se veían constreñidos por la inmediatez y el hábito. Sólo alguien llegado de lejos, pero cercano o próximo en lo hondo, podía apuntar nuevas sugerencias a su interpretación. El padre del cuchillo escuchó atento al tejedor, ajenos ambos a lo que se decía a su alrededor en lenguas diversas y cambiantes que con frecuencia necesitaban traducción, y durante meses había de reflexionar sobre las palabras finales de Benlulú, dichas antes de que se levantara súbitamente y abandonara la reunión. "Coordinar dos asuntos aquí es difícil. Coordinar tres, casi imposible".

A los primeros acordes de la música del grupo jivi, aunque "música titigay o marica", que decía Lala Paki, Mohamed Benlulú había abandonado el lugar de la reunión, ya abarrotado de gente. No volvió hasta casi finalizado el concierto. Todos le vieron aparecer, por detrás del improvisado escenario, por el último recodo de la calle que conducía a lo alto de la ciudad de Gardaia, a lomos de la esbelta camella blanca que aquella noche regalaría a Antón Dolores, la camella blanca Bernabé.

## con final de la II parte del trabajo de este amanuense fatigado

Este amanuense piensa que bien pudiera haber sido en aquella reunión multitudinaria de la luna llena de junio, última de la primavera, y a la que asistía Fitz Gerald, el solitario anglo-irlandés habitante del gran palmeral del Mzab, cuando todos descubrieron que las palabras de Antón Dolores tenían una particular significación, por lo clarificadoras de un sentir muy generalizado. Pero pudo ser en otra ocasión o, tal vez, en ningún momento preciso y sí a lo largo de todo aquel tiempo. Lo que sí está claro es que fue al final de aquella sesión de música cuando Antón Dolores recibió como regalo a la camella Bernabé.

Bernabé fue el nombre que le dio Antón, desde el primer momento, a aquel bello e inteligente animal. Su nombre, en principio, no había sido aquel sino otro que incluyera las consonantes be, erre, ene, be, además de una hache aspirada final muy posiblemente; tal vez alguno que pudiera significar "pozo del colmillo" o "de la liebre" o "del conejo", lo que hubiera sido en verdad un nombre excéntrico para una camella, o, a lo mejor, otro que significara "hija del ganador". El caso es que Antón, oído el nombre que fuera o que le dijeran, lo tradujo sin más por Bernabé, y con ese nombre había de quedarse la camella blanca.

\*

Hay momentos en los que escribir puede ser un gozo y otros en los que puede convertirse en un sufrimiento. Momentos en los que contar lo que se desea contar es ejercicio saludable y liberador, y hasta puedes llegar a escribir un texto largo en una carcajada. Y momentos en los que lo narrado se le impone al narrador de tal manera que éste no puede zafarse de ello, obrar con libertad, y el ejercicio saludable se convierte en laborioso trabajo, tal si fuera un trabajo monográfico especializado o una tesis doctoral de las antiguas universidades... Es un momento delicado ese, que bien conocemos los amanuenses, y que hay que salvar con elegancia y decisión. El relato corre el peligro, entonces, de desbordar el recipiente, derramarse y anegarlo todo hasta el disparate y la confusión. Y el que escribe puede llegar a sufrir mucho por ello. Este amanuense piensa que son dos tipos de textos claramente reconocibles: aquel que, desde la plenitud, transmite ligereza y gozo, y aquel que, desde el sufrimiento de su gestación, transmite tensión y pesadez. Pero sucede también que sin los segundos difícilmente serían comprensibles los primeros, por ejemplo, que sin el momento bajo no podría comprenderse el álgido, sin la cuenca en torno no podría discurrir el río, sin un cauce adecuado no se podría alcanzar el mar. Tonterías, en fin, de amanuense cansado.

\*

Y este fatigado amanuense piensa que fue allí también, en la hora de la distensión de aquella luna llena de junio del primer viaje al sur del sur de Antón Dolores, cuando éste pudo leer en la arquitectura de las cinco ciudades del oasis ramificado del Mzab la posibilidad de creación casi ilimitada del grupo, de los grupos. Exposición ésta que no hubiera sido posible sin el concurso de Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, y de los otros compañeros de expedición. Hasta entonces los visitantes "extranjeros", los "turistas", cada vez más numerosos, habían sido atraídos por aquel mensaje subliminal de las cinco ciudades del oasis del gran palmeral ramificado; muchos de ellos, además, como el propio Fitz Gerald, habían ensayado explicaciones más o menos anecdóticas o esenciales, pero la mayoría buscaba que alguien le explicase, que les ayudasen a adentrarse en el "secreto"; y nadie, aunque muchos se habían esforzado, habían conseguido hacerlo. Ni siquiera los habitantes de la ciudad, como el propio tejedor Benlulú, anclados en la explicación tradicional, heredada, en lenguaje antiguo, religioso aún...

--Tal vez ha sido la voz del almuédano la que, en los últimos siglos, ha mantenido a todos equivocados, equivocado él mismo al creer lenguaje eterno lo que era simple lenguaje de época y literario que un día expresara con sabiduría un mensaje; pero que se había detenido en un tiempo muy anterior -había dicho Antón Dolores un día, provocando las reticencias de Mohamed Benlulú, que aún le conocía poco, tras escuchar la llamada a la oración del almuédano de la mezquita de Gardaia.

Algo tan obvio resultaba, sin embargo, difícil de expresar. Y era ese lenguaje religioso el que el "teólogo" Antón al fin había creído posible desvelar. Su reflexión podía ser otro acercamiento más a la gran síntesis.

Fijos sus ojos en la alta torre de la mezquita principal de Gardaia que, imponente bajo la gran luna, presidía aquella reunión, Antón Dolores habló con tono reposado.

--Es ese gigante vigía, de base cuadrada y redondeadas aristas, aunque aún filosas, vigía de tantos que a sus pies aún se afanan en conservar habitable este entorno rodeado de inhóspitas tierras casi deshabitadas, casi humana torre que parece observarte cuando la observas, posible imagen, casi ídolo y de ahí su irracional atracción, posible imagen de otras criaturas gigantescas exteriores, de mensajeros o dioses, por llamarlos de alguna manera... Según la antigua tradición, fue Sidi Beni Sguen quien, en lejanos tiempos, incitó a los hombres a dejar las cuevas de lo alto de las colinas que rodean el palmeral, Sidi Beni Sguen quien les convenció para construir la ciudad que hoy, en su honor, lleva su nombre, el fundador.

Todos conocían la leyenda fundacional de una de las cinco ciudades del palmeral, tal vez la primera o la más antigua, al pie de la colina desolada

en donde aún podían verse las cuevas que habitaran los hombres antes de la construcción de la ciudad; y todos relacionaban a Sidi Beni Sguen con la predicación de la más moderna religión llegada de oriente y con la fundación de aquella primera ciudad que había de convertir a los hombres cavernícolas en ciudadanos. Antón Dolores y Lauari Bujudmi se mantuvieron las miradas mientras, al alimón, y ante un grupo expectante, susurraban:

- Capacidad de vivir en inhóspito medio.
- Eso era...
- Casi sobrehumano acto de creación.
- ...el mensaje.
- No había otro secreto.
- Tan simple.
- Los grupos deben organizarse.
- No hay otra salida.
- Y, al cambiar los tiempos, con renovada organización.
- Ahí está el secreto.
- Perfilar esa organización será la máxima de las operaciones.
- Saber cómo perfilarla, la gran iluminación.
- La nueva revelación.

Ya por entonces Lala Paki, Sidi Kid, Antonio SNP, Prófugo Tito y Chispas Aurora, con sus nuevos compañeros del palmeral, habían preparado los instrumentos y el sonido, la música, comenzó a adueñarse del grupo y de la noche, reina del aire. Y pronto volvió Mohamed Benlulú a lomos de la camella blanca Bernabé y todos le vieron aparecer tras el recodo de la calle o calleja que conducía a lo alto de la ciudad de Gardaia que la gran torre vigía dominaba.

Pero este amanuense interrumpe aquí sus evocaciones porque sabe que otro amanuense está preparando la narración en torno a la figura del "teólogo" Antón Dolores y no desea interferir.

Sólo desea concluir, pidiendo a la vez disculpas por las posibles reiteraciones que hubiera deseado evitar, con unas consideraciones generales ya apuntadas con anterioridad. Todos allí, gentes del palmeral y visitantes, intuían algo,



esperaban el traductor en palabras simples del gran mensaje  
que encerraban cifrado los constructores de la ciudad a lo largo de los siglos,  
inscrito en los muros de la ciudad misma, en sus formas  
complejas y elementales al mismo tiempo. Y creyeron encontrar precisamente  
en aquel extranjero recién llegado, Antón Dolores, en su compañero  
Lauari Bujudmi y, a partir de aquella reunión de la noche de gran luna de junio,  
en la camella blanca Bernabé, creyeron encontrar en ellos a ese traductor  
misterioso y trinitario. Esa era la novedad que aportara Antón  
con sus reflexiones en voz alta que el padre del cuchillo se esforzaba en traducir.  
Su figura a lomos de la camella blanca Bernabé  
contribuiría a magnificarle, a convertirlo en símbolo,  
sin duda por atávica memoria colectiva, a hacer más comprensible,  
más prestigioso, su tipo y su palabra, su -perdonen la pesantez- mensaje.



## FINAL DE LA II PARTE del trabajo de este amanuense fatigado

Tres años transcurrieron de continuos viajes por el sur de Antón y el padre del cuchillo. Lauari Bujudmi, cada pocos meses, pasaba unas semanas en la casa del reloj de sol para coordinar los viajes de los cada vez más numerosos visitantes, en su mayoría "espías dobles/espías múltiples" en "viaje de huida".

De los compañeros primeros de aquella larga estancia en torno a Gardaia, sólo Martín y Martina se asentaron definitivamente allí.

Antonio SNP acordó con el resto de sus compañeros de banda jivi seguir al padre del cuchillo en todos sus desplazamientos entre la costa y los oasis. Prófugo Tito, jefe indiscutible de la banda, con Aurora, Lala Paki y Sidi Kid, a los que se unió el tudesco Lobo Corredor Wólfram, volverían al norte para reanudar su nomadeo por las islas y por la costa, comenzando por Siracusa, en donde un concierto muy famoso fue el origen de la conexión con grupos sicilianos de fértiles consecuencias. Tonino de Siracusa, al frente de alguno de estos grupos, visitaría reiteradamente a Martín y a Martina en las cinco ciudades del gran palmeral ramificado del Mzab, la casa del tejedor Benlulú de Melika, como la casa del reloj de sol de la ciudad de los vientos, nuevo lugar de encuentros para la gente viajera.

*Un león y una Fénix* del capitán Mengano se fue convirtiendo, a lo largo de aquellos tres años que duró la estancia del padre del cuchillo en la región, en un verdadero correo entre las dos orillas del mar, a la vez que el capitán veneciano cada vez más delegaba sus funciones de mando marino en el diestro Halimo, hijo ilustre de la Cueva del Agua, en la memoria de todos aún hoy.

Pero este amanuense no quiere alargarse más en la evocación de aquellos tiempos tan antiguos e importantes para el futuro paraíso de las islas. Sólo desearía, si es que le quedan fuerzas, lo cual no está nada claro, narrar con sobriedad dos historias de amor peculiares como broche final de esta historia de la juventud del padre del cuchillo, o lo que haya sido este complejo relato: la historia de Sherico y Fatema Bujudmi y la llegada al sur de María de la Soledad Muñoz Dolores, prima de Antón. Lo intentaría hacer --si es que al fin se anima-- porque ambas historias, una de trágico final y la otra de gozosa continuación años después, muy bien pudieron influir en lo que se ha dado en llamar "doctrina del padre del cuchillo". Y, de momento, vale. Pues.